

Juan Nepomuceno Zegrí



COLECCIÓN FAMILIA MERCEDARIA



6

Texto: MARÍA DEL PILAR VILLEGAS CALVO

TEXTO: María del Pilar Villegas Calvo
ILUSTRACIONES: Mercedarias de la Caridad

EQUIPO COORDINADOR

DIRECCIÓN: Alejandro Fdez. Barraión

CORREO: alej.fernandez@teleline.es

DIRECCIÓN ARTÍSTICA: María Teresa Arias

REDACCIÓN: Luis Vázquez Fernández

COORDINADORES:

- M.^a Encarnación Sánchez
- Joaquín Millán
- Josefina Martínez
- Lourdes Ramírez
- Mario Alonso
- Mercedes Guldrís
- Aurora Calvo Ruiz

PUBLICA: FAMILIA MERCEDARIA

- Mercedarios. Prov. de Aragón
- Mercedarios. Prov. de Castilla
- Mercedarios Descalzos
- Mercedarias Misioneras de Barcelona
- Mercedarias de la Caridad. Prov. Centro
- Mercedarias de la Caridad. Prov. Sur
- Mercedarias del Santísimo Sacramento
- Religiosas de la Orden de la Merced
- Federación de Monjas Mercedarias
- Monjas Mercedarias Contemplativas

ONG DE LA FAMILIA MERCEDARIA:

Acción Liberadora (AL)
Puebla, 1. 28004 Madrid

PORTADA: Juan Nepomuceno Zegrí

IDEA ORIGINAL: Grupo Peñascales 98

IMPRIME: Gráficas Dehon

Tel. 91 675 15 36

ISSN - 1577 - 5062 • 2003

JUAN NEPOMUCENO ZEGRÍ

(Nuestra oración unánime)

Juan Zegrí, tú nos das sabiduría,
y con ella merced a manos llenas:
La caridad que alivia nuestras penas
en la dulce ternura de María.

Quisiste, en la *Familia Mercedaria*,
que brotase una rama, en pleno otoño:
Un verde, fértil, celestial retoño,
que llenó de esperanza la plegaria.

El viejo tronco "desamortizado"
estaba entonces en su noche oscura.
Pero la caridad siempre perdura,
y vislumbraste un fruto sazonado.

Llegó la incomprensión a tu ser mismo
de Fundador, tuviste tu calvario.
Tu alma encendida en fuego mercedario
supo ser luz, salvando todo abismo.

Hoy te invocamos, Juan, hermano nuestro,
para que no nos gane el desaliento,
y recobremos ánimo y aliento,
junto a ti, que nos llevas al Maestro.

Luis Vázquez, O. de M.



MARÍA DE LA MERCED,
nuestra singular Madre y Protectora.



Ntra. Sra. de las Mercedes

En los orígenes de la Congregación de Hermanas Mercedarias de la Caridad, una silueta se dibuja en el horizonte institucional: su Fundador. Él fue el alma de nuestro común proyecto, el hombre que dio origen y forma a una larga andadura. Plasmó en los anales de la historia un ideal convertido en realidad. Era la concreción de un carisma, el impulso del Espíritu hecho carne en tantos hombres y mujeres que comparten nuestros caminos y avanzan iluminados por una feliz certeza: Dios ha querido redimir a la humanidad en la persona de su Hijo, y ellos han sido enviados a anunciar esta gran verdad.



Venerable Siervo de Dios
Juan Nepomuceno Zegrí y Moreno.
Fundador de las Hermanas Mercedarias de la Caridad.

Juan Nepomuceno Zegrí y Moreno es uno de estos grandes profetas, de estos amigos de Dios que llevan en su interior el sello de un carisma: «*Servicio de caridad redentora en orden a la plena liberación de los hombres*». Era el ideal del Padre Zegrí, el legado que dejó a su Congregación. Su gran aspiración era transformar la sociedad desde la fe y la caridad. Él sabía que, por encima de todas las filosofías de su época, se hallaba el auténtico espíritu de todos los tiempos. Sabía que, mucho más allá de las filantropías, se encontraba el verdadero amor, el que nace de la cruz de Jesucristo. Y toda su vida fue un progresivo ascenso hacia la Pascua, meta última de todo ser humano. Las circunstancias históricas que le rodearon avalan la anterior afirmación, porque es la misma vida quien habla en su trayecto personal.

DESDE LAS MÁS GENUINAS RAÍCES

En Granada y a la sombra de antepasados árabes, vivía la familia Zegrí. Habían caído ya muchas hojas del inabarcable calendario de la historia, desde que las calles granadinas se veían pobladas por caballeros y conquistadores, hasta los últimos años del siglo XIX, preñado igualmente de luchas y revueltas. Octubre de 1831: con múltiples dinastías a su espalda, nuestro país había luchado ya contra todo tipo de dominaciones desde aquella ancestral invasión árabe.

Era el 11 de octubre de 1831, en plena década ominosa (1823-1833), preparación inmediata a una situación política y social caracterizada ante todo por las rebeliones. Eran tiempos de perturbaciones y levantamientos, resultado del absolutismo imperante que oprimió las libertades y los derechos. Día 11 de octubre, fecha memorable en la que abre los ojos a la luz alguien que todavía no se atreve a lanzar al mundo su palabra. Juan Nepomuceno Zegrí y Moreno inicia su aún desconocido itinerario para el mundo y para la Iglesia. Trae en su corazón el germen de una singular historia, y en sus manos la esperanza utópica de futuras realizaciones.

Juan Nepomuceno Zegrí procedía de una familia bien considerada en los círculos sociales de su ciudad natal. Su padre, don Antonio Zegrí, era un acreditado médico en el ámbito comarcal de Granada y un renombrado catedrático en la Universidad de dicha ciudad. Colaboró con generosidad y compromiso en situaciones de necesidad, sobre todo en una de las ocasiones en que la población granadina se vio fatalmente afectada por la epidemia del cólera morbo asiático.

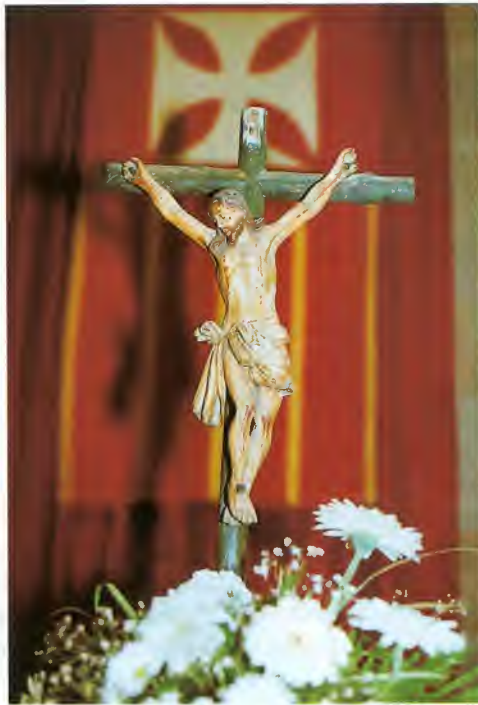
En cuanto a la madre de Juan Nepomuceno Zegrí, doña Josefa Moreno, no poseemos mucha información al respecto. Ciertamente, su aportación a la historia del Padre Zegrí fue esencial, pues ella significó uno de los grandes pilares en la existencia de nuestro Fundador.

La calidad y dignidad de vida que se respiraba en el ámbito familiar, cinceló casi artesanalmente la futura identidad y consecuente conducta del Padre Zegrí. Todo lo que poseían lo compartían. Sólo el amor era el gran tesoro de sus vidas, el auténtico móvil de su ruta diaria. El hogar de los Zegrí Moreno supuso para nuestro Fundador una verdadera escuela donde adquirió los pilares básicos que sustentaron toda su existencia.

Y Juan Nepomuceno Zegrí y Moreno, en su más remota infancia y en el seno de la familia, bebió en las fuentes del carisma, con el que fue sellado desde el día de su bautismo y le acompañaría durante toda su existencia, marcando su historia y la historia de muchas otras personas. De ahí que en su proyecto de vida, aún no configurado, una gran figura se asoma en el horizonte de su paisaje: **María**, la singular mujer que trazó senderos nuevos en la vida del Padre Zegrí. Ella, bajo la advocación de las Mercedes, le condujo hacia la meta de una envidiable aspiración: ser misericordia para los necesitados y ofrecer signos redentores en las distintas situaciones de cautividad. María inspiró su carismática obra de amor dentro de la Iglesia, y le ayudó a iniciar un 16 de marzo de 1878 tan admirable ideal. María de la Merced volvía a estar presente en el itinerario del Padre Zegrí y en el inicio de nuestra Congregación, como anteriormente lo estuvo en el alma de otro gran hombre del que nació la familia mercedaria, San Pedro Nolasco. El carisma redentor se presentaba de nuevo como fuerza transformadora de los hombres y de los pueblos.

Confió en Ella a lo largo de toda su existencia, pues la llevaba dentro del corazón. Así, el 30 de septiembre de 1850 —cuando deseaba ingresar en el seminario de San Dionisio Areopagita—, compra la estampa de la Virgen de las Mercedes, porque espera verdaderamente su auxilio. Es éste un ejemplo de los múltiples que podríamos recordar acerca de su amor a la Virgen, a quien llama de manera entrañable *«mi sin igual Madre y Protectora»*, y reconoce que *«Ella es de todos y para todos»*, es *«nuestra sin igual Madre y Protectora»*.

Sin embargo, su pasión principal descansaba en la figura de **Cristo Redentor** y en la causa que había movilizado toda la trayectoria humana del Hijo de Dios: el Reino. Tuvo muy claro Juan Nepomuceno Zegrí y Moreno a lo largo de su existencia, quién era el centro de sus actuaciones, por quién estaba entregando cotidianamente la vida. El misterio pascual de la cruz dibujaba su silueta en el fondo permanente de su paisaje. A menudo se sumergió en el abismo insondable de la Pasión de Cristo, llevada al deambular de cada día en el gran regalo de la Eucaristía. Tan sublime misterio era para él lugar de encuentro y profundización, que le ayudaba a mirar a Cristo más de cerca y a adquirir en su persona el mismo camino evangélico trazado por Jesús. Su vida entera fue una ascendente y progresiva configuración con Cristo Redentor.



Como consecuencia de estos dos grandes amores, Jesucristo Redentor y María de la Merced, habita en su corazón otra gran pasión: los pobres, los necesitados, la humanidad sufriente. La solidaridad y el compromiso formaban parte de su forma de ser y de actuar, ya que se dejó impactar por todo el mundo de la miseria y el sufrimiento humano, y no se quedó impasible. Hubo un momento en su vida en que esta realidad le cogió con fuerza el corazón y le impulsó a dar una respuesta comprometida en favor de los más despreciados de la humanidad.

Se encontró cara a cara con una irresistible llamada a vivir la virtud de la **caridad** y a hacer de ella un proyecto de vida. De ahí que el objeto de su fundación mercedaria consistiese en el ejercicio de la caridad, sobre todo con los más pobres. Y en marzo de 1878 inicia esta gran obra en la casa de misericordia de Santa María Magdalena y San Carlos, en la ciudad de Málaga. Era la concreción perfecta del amor a los débiles.

Como hemos visto, Juan Nepomuceno Zegrí y Moreno disponía de un buen bagaje para desarrollar una amplia misión. Éste fue el gran objetivo de su existencia: ofrecerlo *«todo para bien de la humanidad, en Dios, por Dios y para Dios»*, lema que más tarde transmitió a su querida Congregación. Pero aún habían de pasar algunos años para que tal evento histórico hallara cumplimiento en el amplio devenir histórico de la Iglesia y de la humanidad.

Antes que nada, Juan Nepomuceno Zegrí y Moreno debía recorrer su propia andadura, la de toda persona humana que va creciendo y desarrollándose en medio de los avatares del mundo.

LOS AÑOS DORADOS

Tras realizar sus estudios de primaria, el joven Zegrí cursó el primer año de latín como alumno libre en la Universidad de Granada, y en 1845 se matriculó en el Colegio de San Bartolomé y Santiago. En este centro prosiguió sus estudios medios con unas calificaciones sobresalientes y una conducta inmejorable. Al término de los mismos, debía realizar el curso preparatorio para la universidad, momento crucial en la vida de cualquier estudiante, pues era la etapa de las opciones. Desde hacía tiempo se venía planteando la posibilidad de acceder al sacerdocio. Se trataba de optar entre la posibilidad de ascender, de adquirir fama, de ser alguien importante en esta sociedad... y la posibilidad de la entrega y la donación. Él no imaginaba que esa opción por Cristo en su dimensión sacerdotal iba a convertir su vida en ofrenda real, invitándole a entregar su propio ideal como pan que se parte y se reparte entre tantos pobres y necesitados que mendigaban su oblación. Y en septiembre de 1850, Juan Nepomuceno es admitido en el seminario granadino de San Dionisio Areopagita.

Durante su tiempo de formación desarrolló ampliamente la mayor parte de sus capacidades, pues ya en este tiempo inicia una larga carrera en el ámbito de la predicación. A partir del 27 de febrero de 1852, en que encontramos el primer sermón manuscrito de Juan Nepomuceno Zegrí y Moreno, la oratoria será uno de los campos en los que destaca de manera notable. Resulta sorprendente la amplitud de su producción, pues se conservan 188 sermones manuscritos, además de otras muchas obras. Pero su vida fue más elocuente aún que sus palabras, y verdaderamente anunció la liberación creando un proyecto de carácter redentor que atendiese todas las necesidades, pues él mismo sentía en propia carne el dolor humano y nunca pasaba de largo ante él. De ahí que en la puerta de su casa solían agolparse los pobres, porque sabían que encontraban respuesta. El Padre Zegrí no se limitó a ser un excelente intelectual; él se formaba para la vida y para los otros. Se estaba preparando para ser un sacerdote en toda la integridad de la palabra, para ser *«pastor, médico y padre»*, para constituirse en *«providencia visible para todos aquellos que, gimiendo en la orfandad, beben el cáliz de la amargura y se alimentan con el pan de la tribulación»* (Sermones II).

Era el 2 de junio de 1855, día entrañable en su querida catedral de Granada, fecha memorable en su personal calendario. En tal día era ungido por el arzobispo don Salvador José de Reyes. Aquel 2 del mencionado

mes, comenzó a celebrar su gran Eucaristía, la Eucaristía de la vida, sacrificio y acción de gracias permanente, oblación y regalo ininterrumpido. Desde aquel momento, los designios de Dios le conducirían por el camino de la entrega y el servicio; y, por supuesto, años más tarde conocería el amargo sabor del cáliz, culmen de su ofrenda apasionada por el Reino. Sin ir más lejos, días después de su ordenación sacerdotal, muere su madre, víctima del cólera que en ese tiempo devastaba la ciudad de Granada.

A partir de este momento comienza para el Padre Zegrí otra etapa en su vida; el ministerio sacerdotal encamina su futuro hacia nuevos horizontes. Desde entonces alternó la formación con los cargos que a lo largo de los años le fueron confiando. Así pues, ejerció la docencia en el Colegio de San Bartolomé y Santiago, como repetidor, profesor, vicerrector y rector interino, al mismo tiempo que realizaba sus estudios. Al término de los mismos, obtuvo las siguientes titulaciones: doctor en Teología, licenciado en Derecho civil y canónico, que le permitirá ejercer como abogado de los tribunales de la nación, y bachiller en Filosofía y Letras. Al igual que los títulos, se suceden de manera vertiginosa los cargos, que, mientras estuvo en la diócesis de Granada, fueron los siguientes: sustituto anual de la cátedra de Psicología, Lógica y Ética del Instituto de Granada, párroco de Huétor Santillán, cura ecónomo y párroco de Loja, cura castrense, examinador sinodal, arcipreste, predicador numerario de su Majestad.

En 1869 cambia de diócesis por petición del obispo de Málaga, don Esteban José Pérez y Martínez Fernández, que le concede el nombramiento



Fachada principal de la catedral de Málaga.

de provisor y vicario general de aquella diócesis. Asimismo, el 24 de septiembre de aquel mismo año, recibe el cargo de director de la casa de misericordia de Santa María Magdalena y San Carlos, en la ciudad malagueña. Aquí tuvo la oportunidad de permanecer en contacto con uno de los sectores más pobres y necesitados de la sociedad: las jóvenes que, vapuleadas por los miserables golpes de la vida, volvían *arrepentidas* a buscar la regeneración que en justicia les correspondía. Juan Nepomuceno era muy sensible a dichas situaciones que atenazaban el mundo. Desde muy niño aprendió de su padre a mirar de frente la necesidad, cuando le acompañaba en las visitas a los enfermos. Descubrió entonces con fuerza el sufrimiento ajeno y comenzó a iniciarse en el aprendizaje de la caridad, desde una actitud eminentemente solidaria y misericordiosa. Y en marzo de 1872 vuelve a encontrarse ante la realidad de su propio sufrimiento: su padre había emprendido el camino hacia el encuentro definitivo con Dios.

Durante el período de tiempo transcurrido entre diciembre de 1872 hasta noviembre de 1878, se suceden de nuevo los cargos y responsabilidades. Entre otros, recibe el nombramiento de canónigo de la catedral de Málaga, visitador de religiosas, juez delegado para la visita pastoral, juez sinodal, delegado especial de capellanías, capellán de honor de su Majestad. En esa primera etapa de su caminar, nos encontramos con el hombre fuerte, el hombre eficaz, el hombre en aras del triunfo y del éxito. Es la etapa de la gloria, de los honores, del reconocimiento humano. Son los años dorados del Padre Zegrí, en los que apenas tiene grandes dificultades que vencer, y la vida, en general, está de su parte.

Sin embargo, hubo un momento en su vida en que inició un camino de descenso para introducirse en una dinámica diferente. Ya no se trataba de subir, sino más bien de caminar hacia dentro, profundizar en los recónditos parajes de su interioridad, hasta encontrarse de lleno con el centro de su ser, allí donde el Señor ha impreso el sello de su Espíritu, el **carisma** con el que ha sido ungido y que él tiene que potenciar para llevarlo a los hombres, verdaderos destinatarios de este gran descubrimiento.

Había llegado la hora del Espíritu para el Padre Zegrí. Se había encontrado plenamente con la verdad de su ser grabada en el corazón y había descubierto el auténtico sentido de su existencia: ser bendecido con el don de un carisma que le empujaba hacia el exterior, hacia la humanidad, hacia la mujer y el hombre que sufren, hacia la persona necesitada y hambrienta de amor...; un carisma que le hacía estremecerse por dentro ante la tremenda realidad de la indigencia y la miseria; un carisma que le ponía en contacto con las mismas entrañas de la historia y le invitaba a calmar el dolor del mundo y atender al clamor implorante de tantos oprimidos de la tierra. La fuerza del carisma le impulsó a darlo todo, a quedarse sin nada, a desprenderse de toda aquella amalgama de cargos, nombramientos y responsabilidades. Era el Espíritu,

que le estaba desvelando el secreto de su ser, el misterio escondido en su interior, que le empujaba a vivir la caridad como actitud existencial.

LA OFRENDA DEL DON RECIBIDO: LA CONGREGACIÓN (1878)

Por fin, Juan Nepomuceno Zegrí y Moreno descubrió en profundidad el plan de Dios diseñado para él. Y lo puso en práctica. Abandonándolo todo, entregó su tiempo, sus bienes y su persona a la fundación de una congregación que pudiese materializar su sueño. Corría el año 1878 y se encontraba en Málaga cuando decidió poner por obra su propósito. Dios le había tocado por dentro alterando los derroteros por los que hasta ese momento transcurría su vida. Precisamente en una etapa de su carrera sacerdotal en la que Juan Nepomuceno estaba ofreciendo lo mejor de sí mismo, el Señor le va a pedir algo grande. Le pide la renuncia a una actividad bastante eficaz en el ámbito diocesano y a una posición social muy aceptable entre los círculos eclesiásticos.

Pero Dios no parte de la nada. Juan Nepomuceno estaba preparado para esta transformación, ya que su persona poseía una base suficientemente disponible para ser modelada por el Señor. La caridad y la misericordia constituían algunos de los valores fundamentales de su bagaje personal, y hacían de él un hombre abierto al mundo y a sus necesidades, por tanto, capaz de captar enseguida cualquier situación de dolor, indignancia o miseria en el contexto que le rodeaba. Sabía profundizar y leer los acontecimientos cotidianos, para desentrañar de ellos las posibles esclavitudes que pudiesen estar aprisionando a los seres humanos de su tiempo.

Este momento del Espíritu en la vida del Padre Zegrí le llevó a la fundación de la Congregación de *Hermanas de Caridad de Nuestra Santísima Madre la Bienaventurada Virgen María de las Mercedes*, conocida actualmente con el nombre de *Hermanas Mercedarias de la Caridad*. María le iluminó en esta tarea, ayudándole a poner las bases de lo que sería el espíritu de la Congregación, el carisma necesario para configurar el estilo de nuestra familia mercedaria. Para ello, trató de plasmar la espiritualidad y la normativa de la Congregación en unas Constituciones sobre las que pudiera asentarse la vida de las futuras religiosas. Cuando las hubo terminado, comunicó al obispo su determinación y se las ofreció para que diese su aprobación, lo cual sucedió el 27 de febrero de 1878.

El 15 de marzo de 1878 recibieron el hábito de manos del Padre Zegrí, las primeras novicias de la Congregación. El acto se verificó por medio de una ceremonia celebrada ante la Virgen de las Mercedes de la iglesia de San Ildefonso, en Granada. Al día siguiente, el 16 de marzo, se desplazaron a Málaga, donde se les unió una aspirante que provenía de otro instituto reli-



gioso. Escogieron como primera casa de la Congregación la de Santa María Magdalena y San Carlos, donde recibieron la formación aquellas novicias.

Por otro lado, Juan Nepomuceno Zegrí deseaba que su Congregación fuese asociada a una Orden religiosa que tuviese tras de sí toda la influencia de la tradición y la experiencia, adquiridas a lo largo de muchos años. La Orden de la Merced reunía estos requisitos y, además, el más importante: María de la Merced era su principal avaladora. Y el 9 de junio de ese mismo año 1878, el vicario general de la Orden de la Merced firma en Roma el decreto de aprobación por el que nuestra Congregación fue asociada a dicha Orden. Era lo que, sin duda alguna, buscaba nuestro Fundador, ya que el carisma redentor también había sido plasmado en el alma de Juan Nepomuceno Zegrí, al igual que lo fue en la de San Pedro Nolasco. Y, de la misma forma que en la vida de éste intervino María de la Merced como gracia y como don en el momento de la inspiración, de esa misma manera se manifestó en el corazón de nuestro Padre Zegrí, para comunicarle el plan divino de crear una congregación religiosa con carácter redentor.

A los pocos meses de haber sido fundada nuestra Congregación, sucedió algo que tambaleó los cimientos de la reciente obra. La primera comunidad estaba compuesta por nueve hermanas y, cuando ya parecía que comenzaban a caminar, una de ellas comunicó a las otras la propuesta de don Diego Aparicio. Este sacerdote había ayudado al Padre Zegrí en los inicios de su fundación, pero ahora pretendía «fundar la misma Orden» en Granada, y para tal cometido quería que fuesen las que él había recomendado a Juan Nepomuceno

Zegrí. De las seis enviadas por él, cinco abandonaron nuestra Congregación. El Padre Zegrí recibió con dolor la noticia, pero su reacción fue el resultado lógico de una vida abandonada en Dios. Con lágrimas en los ojos, decía a las que quedaron: «*Con dos que haya, la obra sigue; no se desanimen, Dios proveerá...*». Ante todo se trataba de una obra del Espíritu, y, como tal, quedaba asegurada su continuidad.

Un año relevante en los inicios de la Congregación será 1880, pues se obtiene la aprobación civil de la Congregación y se realiza el traslado de la casa general y noviciado a la diócesis de Granada. Otro acontecimiento importante en este año fue la publicación, por parte del Padre Zegrí, de un escrito en el que recoge algunos rasgos que, según él, deberían conformar nuestra espiritualidad.

El folleto *La Congregación de Nuestra Señora de las Mercedes* expone, en líneas generales, el objeto principal de la Congregación: «*ejercer todas las obras de misericordia espiritual y corporal en la persona de los pobres...*». Así pues, es primordial para el Padre Zegrí la vivencia de la misericordia y el compromiso por la regeneración del ser humano, con el fin de devolver la dignidad de hijos de Dios a quienes la han perdido. El Padre Zegrí era muy sensible a dicha realidad, quizás también porque, de alguna forma, auguraba que, en un futuro no muy lejano, él iba a ser igualmente arrebatado de su propia dignidad. Sentía en su misma carne el dolor de los oprimidos y sabía escuchar el clamor de los sin voz, por encima del ruido ensordecedor de la sociedad.

Había llegado el momento, según Juan Nepomuceno Zegrí, de compartir la dirección de su Congregación. En los inicios lo había hecho con el anterior obispo de Málaga, don Esteban José Pérez y Martínez; ahora, basándose en las Constituciones, tenía que nombrar a una directora general, que hasta el momento no se sabe que existiera. Por causas internas a la Congregación, el Padre Zegrí se vio obligado a buscar ayuda fuera de la misma. Y lo hizo porque conocía a una religiosa perteneciente a la Sagrada Familia de Burdeos, en la que veía plasmadas las cualidades necesarias para la misión que debía desempeñar. Se trataba de la madre Teresa de Jesús Gratiot, a la que dentro de la Congregación se le denominó con el apelativo de la «Buena Madre».



Podemos comprobar que la Congregación se encontraba en el momento oportuno para buscar nuevos cauces, para abrir sus puertas a otras regiones y pueblos. Juan Nepomuceno Zegrí no quería limitarse a su querida tierra; él sospechaba que en otros puntos de la geografía española había una gran semilla vocacional dispuesta a crecer. Un encuentro providencial facilitó la sucesión de los hechos: Dios puso en su camino a uno de tantos necesitados que se le acercaban habitualmente. Aquel desconocido era de Sangüesa (Navarra), y había viajado hasta Andalucía en busca de trabajo, pero no lo encontró. Como no disponía de dinero para regresar con su familia, se vio en la necesidad de pedir limosna. Afortunadamente, se encontró con Juan Nepomuceno Zegrí, que a nadie despedía con las manos vacías. Después de asegurarse el Padre Zegrí de que el referido obrero conocía al párroco de su pueblo, junto



a la aportación generosa con que le obsequió, le entregó al mismo tiempo un ejemplar de las Constituciones y una carta dirigida a don Niceto. Así se llamaba el mencionado presbítero que se encontraba al frente de la parroquia de Sangüesa. Zegrí pretendía dar a conocer su Congregación y deseaba que surgieran vocaciones procedentes de aquella tierra. Y en efecto, dicho párroco comenzó a enviar aspirantes para la Congregación mercedaria.

La expansión congregacional sigue su marcha: Juan Nepomuceno Zegrí concibe la idea de llevar a cabo un proyecto misionero, y de esta forma, en junio de 1883 embarca la primera expedición con rumbo a América Latina. Sin embargo, el Padre Zegrí no vería realizado su deseo mientras él estuviera al frente de la Congregación, ya que dicha empresa terminó fracasando. A pesar de todo, él dejó como legado a nuestro Instituto su espíritu misionero,

que más adelante se vería revitalizado con gran fuerza. Era evidente que el Señor siempre le situaba en el límite de la prueba; siempre le hacía paladear el amargo cáliz del sufrimiento y de la cruz, con la certeza de que esto conduciría su vida hacia la plenitud de la Pascua, tras haber recorrido en fidelidad el camino de la purificación.

En los años siguientes sintió la gran satisfacción de ver crecer la Congregación en todos los sentidos. Pudo constatar la entrega generosa de sus mercedarias en situaciones impactantes, como el terremoto de Alhama de Granada, la epidemia del cólera morbo asiático en distintas ciudades de España, y la epidemia de viruela en Vallecas (Madrid). En algunas de estas situaciones, las hermanas se convirtieron en mártires que perdieron su vida por amor.

Como consecuencia de gestos tan comprometidos y carismáticos, los preladados de las diócesis correspondientes enviaron al Padre Zegrí las letras comendaticias, en reconocimiento agradecido a la misión mercedaria. Desde 1885 se fueron recibiendo estas cartas en las que los obispos encomiaban la admirable labor realizada. Dichos escritos serían llevados por él hasta Roma, pues aún le quedaba algo muy importante que hacer para estabilizar su Congregación. Debía presentar ante la Santa Sede su obra para que le concedieran la aprobación pontificia y, de esta forma, institucionalizar plenamente su proyecto. El Padre Zegrí viajó a Roma a finales de abril de 1888 y permaneció allí durante tres meses, tiempo en el que se dedicó a preparar lo necesario para la consecución de este objetivo.

DESPOJO Y MUERTE (1888-1905)

Se encontraba aún en Roma cuando su integridad personal fue dañada y atacada cobardemente. Allí, en Roma, y tan cerca de alcanzar su sueño, nuestro Fundador no sabía que había caído en las redes de una compleja artimaña que le hundió como persona y como sacerdote. Sin embargo, y paradójicamente, le ayudó a ascender por el camino de la santidad. En efecto, el 8 de junio de 1888 fue recibido un mensaje en la Secretaría de Estado del Vaticano, en el que se pedía la suspensión de las gestiones para la aprobación del Instituto. Venía firmado por el cardenal arzobispo de Sevilla, don Zeferino González.

La iniciadora de tal confusión fue una religiosa cuya salud mental no era muy loable, sor María de los Favores Valladares, que con el tiempo se desequilibró psicológicamente. En su actuación, recurrió a una de las comunidades mercedarias establecidas en Carmona (Sevilla), y ejerció una fatal influencia en la superiora, sor Buenaventura. Ésta, por su parte, comunicó la denuncia al beneficiado de la catedral de Sevilla.



Cuando Juan Nepomuceno Zegrí y Moreno vuelve de Roma, el arzobispo de Granada, don José Moreno Mazón, le comunica la resolución tomada por la Congregación de Obispos y Regulares, con motivo de unas acusaciones que ni él mismo conocía. Dicha resolución consistió en ser destituido del cargo de director de la Congregación de Hermanas Mercedarias de la Caridad. Comienza así el más crudo e interminable sufrimiento que haya padecido nunca el Padre Zegrí. Con un despiadado golpe sintió que le arrebatában sus mejores ideales, sintió que todo se hundía en la oscuridad de la noche. Y fue entonces cuando se produjo en su interior el momento álgido de identificación con Cristo. Fue entonces cuando la totalidad del Misterio le cogió por dentro y le fue llevando, a través de un proceso de anonadamiento, hasta la más radical entrega de sí mismo.

A partir de este momento, todos se movilizan: el arzobispo de Granada inicia las investigaciones, las hermanas reaccionan de acuerdo con los crite-

rios de cada una, y el Padre Zegrí comienza una labor de autodefensa, por el bien suyo y de la Congregación. Sin embargo, el arzobispo de Sevilla no actuó con objetividad y honradez, pues convocó un juicio en el que los declarantes eran hermanas y sacerdotes que tenían excesivo interés en apartar al Padre Zegrí de la obra por él realizada. A su vez, dicho arzobispo aprovechó la situación para fundar otro instituto religioso con las hermanas que habían pertenecido a la comunidad de Carmona (Sevilla).

Como consecuencia de todo esto, el 5 de julio de 1890 recibe el Padre Fundador otro rescripto condenatorio. Nuevamente está todo perdido, todo, menos la esperanza y la confianza en Dios. Y desde aquí se vuelve a reempezar otra importante y más eficaz movilización. El Padre Zegrí prepara recursos de súplica, con el fin de ser prontamente rehabilitado. Al mismo tiempo se suceden una serie de apelaciones por parte de las comunidades, que quieren ver de nuevo a su Fundador en el gobierno de la Congregación. Incluso encontramos retractaciones de hermanas que, en el juicio celebrado en el arzobispado de Sevilla, habían declarado en contra de Juan Nepomuceno Zegrí. Ahora, conscientes de su yerro, desearían reparar el daño perpetrado. A todas estas intervenciones se suma la decisión tomada por la Sagrada Congregación de entregar toda la documentación al abogado Giuseppe Maggi, cuyas conclusiones resultaron favorables, de forma que influyeron muy positivamente en la consecución del rescripto rehabilitador.

Por su parte, el Padre Zegrí viaja a Roma, donde el 11 de junio de 1894 mantiene audiencia personal con el papa León XIII, a quien le expone su situación. Sin más dilación, el 18 de julio de tal año, la Sagrada Congregación de Obispos y Regulares expide el esperado rescripto de rehabilitación, en el que se reconoce públicamente su inocencia y se le otorgan todos los derechos que le corresponden.

El Padre Zegrí regresa profundamente emocionado a su querida Congregación el 24 de septiembre de 1894, pero sus iniciativas no serán aceptadas por el arzobispo de Granada ni por las hermanas que estaban al frente del Instituto. A pesar de todo, su actitud básica frente a los acontecimientos consistió en mantener su comunión con la Iglesia. Así, cuando el arzobispo, que se había autoerigido en único superior de la Congregación mercedaria, le comunica la prohibición de injerencia en los asuntos congregacionales, el Padre Zegrí acata en obediencia las órdenes del prelado. Ha desempeñado bien y fielmente su misión, y ahora debe desprenderse de su obra. Ante lo cual, cree conveniente dirigir a sus hijas la última carta circular, fechada el 8 de julio de 1896. En dicha carta, al mismo tiempo que se despide, quiere dejar clara su inocencia, injustamente agredida. Él se va, pero los acontecimientos no han favorecido el que pueda hacerlo por la vía normal. Quiere transmitir la verdad que en justicia le corresponde, para que la mercedaria de todos los tiempos pueda conocer quién fue realmente su Fundador.

Ahora ya todo terminó. Ha hecho lo que estaba en su mano y sólo queda esperar. Sabe que no todo depende de él. Es necesario también aceptar humildemente la adversidad, y guardar, en lo íntimo de su corazón, el posible clamor dolorido que quiere elevarse desde lo más profundo de su ser. Ha llegado la hora de Dios, la hora de aprender a callar y dejar paso a la manifestación del Señor en el sufrimiento. Es la hora del silencio, de la palabra callada y la espera confiada. Es la hora de tomar conciencia de que no siempre está en nuestras manos el reconocimiento por parte de los hombres. En el caso que nos ocupa, habrá que esperar tiempo, mucho tiempo.

En 1901 se alcanzó la aprobación pontificia de la Congregación, y cuatro años después, moría el Padre Zegrí, tras una larga enfermedad de diabetes. Era el 17 de marzo de 1905, culminación del extraordinario proceso hacia la santidad, que había sido su vida. En aquellas últimas horas de su peregrinación, supo renunciar incluso a la posibilidad de sentirse acompañado por sus queridas mercedarias, ofreciendo este sacrificio por el bien de la Congregación.

HACIA LAS CUMBRES DE LA SANTIDAD

El mejor testamento que ofreció a su Instituto fue el carisma, sello del Espíritu que se encarna en la historia, fuerza interior que impulsa a la Congregación desde sus orígenes y la encamina por derroteros a veces insospechados, siempre en aras de alcanzar un mundo mejor, más humanizado y regenerado. Él mismo, nuestro Fundador, había sabido encarnarlo en su propia vida. Perdido en el anonimato, entró a formar parte de los despreciados y escarnecidos, y, a través de su entrega, colaboró con Cristo en la salvación de todos los crucificados de la historia. Fue la mejor forma que tuvo de vivir la universalidad y el sentido profundo del carisma: llegar a todos, no sólo por los propios méritos ni las múltiples actividades, sino ante todo por una asunción plena del misterio pascual en la propia vida. Y no sucumbió ni perdió en ningún momento el horizonte. Supo ser fiel a su proyecto y mantener hasta el final una actitud existencial de perdón y reconciliación, de renuncia por amor. De esta forma transmitió a la Congregación la gran verdad de que efectivamente había amado hasta el extremo.

Ésta era la gran paradoja: Zegrí, abandonado, solo y olvidado, había alcanzado plenamente la madurez de los santos. Zegrí, objeto de escarnio, había entrado a formar parte del grupo de los atribulados que buscan al Señor. Para el mundo, ya no era el sacerdote ilustre que causaba la admiración de todos desde la gloria deslumbrante de los púlpitos. Había sido relegado al lugar de los últimos, de los ignorados, de los incomprendidos de la sociedad. Ahora pertenecía a aquéllos por los que él tanto había luchado: los olvidados,



los injustamente agredidos, los desheredados... y la vida pretendió hundirle en los bajos fondos de la humanidad como uno más, como uno de tantos humillados, uno más entre los últimos de la tierra. Pero no lo consiguió, porque sólo los santos, los amigos de Dios, saben remontar el vuelo cuando la fría losa de la noche quiere abatirlos. Y sólo ellos saben levantar la mirada a lo alto y descubrir en la profundidad de Dios la inquebrantable esperanza de quien se sabe apoyado, sostenido e impulsado, por encima de todas las inclemencias con las que nos pueda zarandear la vida.

La Congregación, convencida de que se hallaba en el camino de la verdad, sepultó en el silencio más absoluto a su Fundador, y caminó sin él a lo



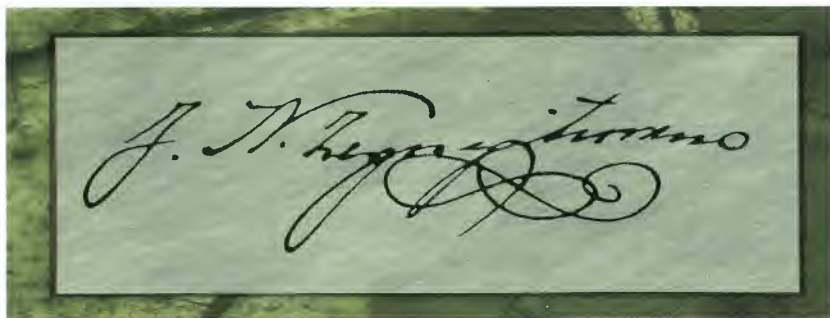
largo de veinte años, moviéndose en la certeza de que ésa era la voluntad de Dios. Y un día del año 1925, se inició un proceso de recuperación de este gran hombre que justamente merecía ser conocido por las sucesivas generaciones mercedarias. Esto se debió al reconocimiento por parte de la que fue cuarta

superiora general de la Congregación, la madre Araceli Royo, que puso todo su empeño y amor en el intento de devolver a la luz la ensombrecida figura del Padre Zegrí. Desde entonces, ha seguido presente en la memoria y en el corazón de las hermanas, que a lo largo de los años han demostrado amor y adhesión a su persona.

Se han multiplicado las manifestaciones y se ha acrecentado el deseo de ver alcanzado su reconocimiento oficial por parte de la Iglesia. Los diferentes gobiernos generales, en el transcurso de la historia, han ido colaborando en el proceso de beatificación, que fue comenzado en 1958 y está viendo su culminación en este comienzo del tercer milenio.

En el hoy de nuestra historia, cuando múltiples intentos han impulsado el avance en la beatificación de nuestro Fundador, celebramos el gozo tanto tiempo esperado, el sueño tantos años alimentado, de verlo en la cumbre de los santos. Fue proclamado Venerable por la Iglesia, el día 20 de diciembre de 2001, y, tras haber conseguido la aprobación del milagro realizado en 1969, nos encontramos en el último momento histórico del proceso. Pronto será reconocido beato por la Iglesia, culminando así el largo camino comenzado en 1958, fecha de inicio para el proceso diocesano.

El Padre Zegrí ha dejado grabada, en el proyecto congregacional y en el corazón de cada mercedaria, la huella cálida de su mensaje. Él seguirá infundiendo esperanza y vigor en el mañana aún no estrenado del Instituto, y su inquebrantable intercesión potenciará en nuestro interior una acogida generosa e incondicional a los designios de Dios, manifestados a lo largo de la historia.



Sumario



Desde las más genuinas raíces	5
Los años dorados	8
La ofrenda del don recibido: La Congregación (1878)	11
Despojo y muerte (1888-1905)	15
Hacia las cumbres de la santidad	18

ACCIÓN LIBERADORA

**Una ONG al servicio de la Libertad
de los nuevos cautivos.
Puedes participar como**

- Colaborador/a.
- Bienhechor/a.

FUNDACIÓN ONG



C/ Puebla, 1 - 28004 Madrid
Tel. 91 522 27 83 - Fax 91 532 77 56
Banco Popular Español - Alcalá, 26 - Madrid
0075 - 0001 - 84 - 0606660604

FAMILIA MERCEDARIA

La Merced es una familia multicolor, aunada por un mismo carisma liberador y convocada por la Virgen María de la Merced, con ochocientos años de presencia en la Iglesia. En ella todos tienen protagonismo y misión compartida: laicos, religiosas y religiosos.

A lo largo del tiempo han ido surgiendo congregaciones e institutos movidos por el espíritu redentor y mercedario que, asociados al tronco original mercedario, enriquecen el ser y el quehacer mercedario y se sienten familia de María de la Merced y convocados a la misión redentora.

El P. Zegrí, fundador de las Hermanas Mercedarias de la Caridad, imitador de María y entusiasta del espíritu redentor de Nolasco, asocia su congregación a la Familia Mercedaria el mismo año de su fundación, y desde entonces, la Familia mercedaria cuenta con un hermoso brote de entrega y disponibilidad al servicio del Evangelio de la liberación.

El P. Zegrí, como un adelantado de su tiempo, descubre el don de la unidad y la riqueza que supone caminar unidos compartiendo un mismo carisma. La Familia Mercedaria hoy, recoge este deseo del P. Zegrí y se empeña en romper distancias, en compartir estrechamente el ideal mercedario, en ser familia de María de la Merced, para que el mundo crea.

COLECCIÓN FAMILIA MERCEDARIA

Títulos publicados en los años 2002 y 2003

- N.º 1: La merced, regalo de Dios. X. Pikaza**
- N.º 2: Sta. María de la Merced. Lois Vázquez**
- N.º 3: San Pedro Nolasco. Joaquín Millán**
- N.º 4: Sta. María de Cervellón. M.ª Ángeles Curros**
- N.º 5: Lutgarda Mas i Mateu. M.ª Lucía Román Ayala**
- N.º 6: Juan Nepomuceno Zegrí. M.ª del Pilar Villegas Calvo**



*La Merced, senda hacia
el horizonte de la libertad*